

que le confeccione un *sosonoto*, es decir un pedacito de papel artísticamente recortado con que las mujeres adornan sus cajas de betel y cuya confección requiere mucha paciencia. Con esto queda formalizada la demanda, pero el novio no puede ver de día á su elegida ni introducirse en su casa, pues de hacerlo así sería castigado con una fuerte multa ó con el matrimonio realizado inmediatamente y bajo todas las condiciones que á los parientes de la novia les pluguere imponerle. Otras limitaciones se imponen, además, á los novios; así por ejemplo entre los tringes de Borneo no pueden comer en el mismo plato ni tomar betel de la misma caja. Cuando se ha de realizar la demanda en público, los amigos del pretendiente despiertan una noche á la novia tirando de sus cabellos ó clavando una uña en una de sus uñas, estando severamente prohibido el despertarla á voces. A la noche siguiente se la despierta de nuevo y esta vez está presente al acto el novio, el cual se queda tímidamente sentado en el suelo detrás de la puerta del dormitorio mientras ella se oculta cuidadosamente en señal de asentimiento. Entonces los amigos encienden sus antorchas haciendo como que buscan á un ladrón hasta que descubren al novio y le invitan á mascar betel con ellos; pero como de hacerlo así perdería para siempre á la novia, quédase aquél sentado y con la cabeza inclinada sobre el pecho. La escena se repite durante las dos noches siguientes y á la noche cuarta empieza la solemnidad de la boda con nuevo ofrecimiento de betel acompañado de una multitud de ceremonias. En Timorlaut todos estos pesados rodeos de la demanda en matrimonio quedan reducidos á pedir y ofrecer el betel tan estimado. Si la doncella accede á la petición que le hace el novio de un poco de *pinang-sirih*, da con ello á entender que acepta su amor y entonces viven juntos los dos durante un período de prueba hasta que se ha arreglado la compra de la mujer.

Entre estos pueblos tan aficionados á los festejos la celebración del matrimonio va acompañada de una multitud de ceremonias, siendo de notar que las solemnidades de la boda y las de los funerales rivalizan en lujo y en duración; las tales fiestas son cosa corriente aun para los hechos más sencillos. Entre los ilongotes reúnen el día de la boda las familias amigas de las dos partes en casa de la novia en donde se mata, después de varias ceremonias, el mejor cerdo previamente adornado con hojas y trapos de abigarrados colores y mientras se procede á guisarlo los que toman parte en la fiesta imploran la protección suprema para que aleje á los malos espíritus, hecho lo cual se dirigen todos al banquete que degenera en bacanal de muchos días. No hemos de alejarnos mucho para encontrar otra manera de aprovechar esta solemnidad. Cuando la boda en sí misma es corta, va precedida de una porción de ceremonias. En Ran, costa occidental de Sumatra, en donde la boda sólo dura un día, el novio tiene que hacer tres solemnes visitas de tarde á la novia antes de hacerse dueño de ella; á este efecto se presenta acompañado de sus amigos y la novia le recibe rodeada de sus amigas y parientas. La suegra no se deja ver hasta la tercera visita. Los convidados ofrecen *sirih* y todo lo que con esto va comprendido siendo obsequiados, en justa correspondencia, con café y con arroz viscoso, después de lo cual se ponen á hablar los novios al son del tamboril. A la tercera visita el novio lleva un presente que ha de consistir por lo menos en dos gallinas que se matan y comen en la comida que inmediatamente después se celebra, comiendo los dos novios en el mismo plato y llevando la novia la comida á la boca del novio. Entonces se da á conocer el objeto de la visita y si las explicaciones no son bastante claras es señal de que el

novio quiere retirarse. Después de esta larga introducción, la boda sólo dura una tarde, de 3 á 8, consistiendo á menudo todo el lujo, aun entre la gente ilustre, en matar unas cuantas gallinas.

Lo contrario acontece entre los maanjanos de Borneo en donde el día de la boda algunas personas especialmente designadas para ello van á la casa de la novia á preguntar si en caso de que fuera allí el novio sería bien recibido, pregunta que suele ir acompañada de algunos presentes (entre los *dajakes* de Tring unas cuentas especiales denominadas *lukot*, una bacia de latón y algunos vestidos) cuya aceptación por parte de la muchacha sella el desposorio. Después de la contestación afirmativa llegan el novio y sus parientes formando una comitiva delante de la cual se lleva una fuente de cobre. Entrado el cortejo en la casa de la novia esta fuente es colocada sobre otra que allí se tiene preparada y en la cual hay un huevo que se rompe y se mezcla con la sangre de una gallina ó de un cerdo degollados sobre dicha fuente formando un líquido con el que son untados los novios después del banquete que á raíz de aquella ceremonia se celebra. Esta untura denominada *Njaki Milah* se hace con un pedazo de plata ó de hierro comenzando por las plantas de los pies y siguiendo por las rodillas, boca del estómago, manos, codos, hombros, frente y columna vertebral; mientras se untan estas partes se pronuncia una fórmula especial que aparta las desdichas y atrae la felicidad. Cualquier persona puede hacer el *Njaki Milah* que es la ceremonia que verdaderamente consuma el matrimonio. Las complicadas danzas y pantomimas dificultan no poco á los jóvenes esposos arribar sanos y salvos al puerto matrimonial. La joven pareja permanece nueve días en casa de la novia y cinco en la de los padres del novio, después de lo cual funda un nuevo hogar ó se queda á vivir en casa de los padres del uno ó del otro. Entre los *dajakes* de Tring los preparativos duran mucho más, pues después de admitido el mencionado regalo, el novio trabaja por algún tiempo para el padre de su futura y regala á ésta dos esclavos. Inmediatamente antes de la boda el novio hace un tercer regalo que es para la madre de la novia y consiste en arroz, gallinas y cerdos. La fuente de cobre sin el huevo figura entre estos *dajakes* desde el primer día y sentados junto á ella son untados los novios con la sangre de un animal sacrificado. Al segundo día de la boda toman juntos los novios un baño, y al cuarto salen llevando en la mano un pedazo de roten como símbolo de la vida y buscan un fruto ó una raíz comestibles que, después de preparados convenientemente, les descubren su porvenir.

A menudo encontramos la costumbre de ocultar á la novia que ha de ser buscada como en las Sulus, en donde los demás usos han decaído, y la de que la novia no pueda dar señal alguna de su deseo de casarse ó de ver al novio en las primeras noches como también la de que al llegar el novio el día de la boda la muchacha acompañada de todos sus parientes ha de ser sorprendida sumida en fingido sueño. Entre los alfores de Halmahera el joven ha de pasar cuatro noches en el cuarto de su novia sin hablar una sola palabra referente al matrimonio, después de lo cual se procede al arreglo de la compra de la muchacha y una vez terminado este asunto duerme en su propia habitación, pero no le es dado, por espacio de algunas semanas, ver á su amada antes del crepúsculo matutino. Durante este período crúzanse regalos de una y otra parte, puestos algunos en fuentes de porcelana especialmente destinadas á ello y conducidos por verdaderas diputaciones de parientes y de amigos: la entrega de cada uno de estos presentes es motivo de grandes fiestas. Todas estas dilaciones podrían ser

abreviadas por el novio con solo coger á su novia y llevarla á su casa, pues derecho tiene para ello, pero no hay cuidado de que lo haga por ser, al parecer, esta una costumbre antes practicada pero hoy caída en desuso. La ceremonia final de la boda consiste en una comida dispuesta por la novia en su casa á la que asisten con los novios los parientes y amigos y en la cual no faltan ceremoniosos discursos. Finalmente una fiesta que se prolonga por espacio de tres días pone término al largo período de prueba. Todas esas ceremonias, empero, sólo se verifican con ocasión de las primeras nupcias. Allí donde el islamismo, de escasa influencia en este territorio, informa estas costumbres, sólo se exige el día de la boda la ida á la mezquita y el pago de un pequeño tributo al sacerdote: los matrimonios sucesivos son simplemente una compra. Inspirada en muy buen sentido está la costumbre que se sigue en Timorlaut de colocar entre los novios durante la fiesta nupcial á un niño y á una niña como símbolo de la familia que se espera. Entre los tinguianos de Luzón los recién casados están separados durante la primera noche por un niño que duerme en medio de ellos. Los orang-tubarus solían antiguamente hacer sacrificios humanos para celebrar la boda.

Por regla general no puede calificarse de baja la condición que tiene la mujer entre los malayos; en los territorios en que los malayos puros viven confundidos con los que han abrazado el islamismo la situación de la mujer es peor entre estos últimos que entre los primeros, siendo de notar que en éstos las mujeres suelen ser más libres, menos tímidas y menos turbadas que los hombres, pudiéndose esto observar en la mayoría de las tribus salvajes. Riedel hablando de Timorlaut escribe: «El hombre nunca pega á la mujer y en cambio acontece á menudo lo contrario.» Existen en este concepto muchas diferencias, pero de todas maneras el valor que se da á la mujer es mucho mayor, mereciendo tenerse en cuenta una circunstancia importante para ella, sino para su condición social, cual es la de que allí donde encontramos listas del valor que á las personas y á las cosas se da, la mujer se cotiza á más alto precio que el hombre: entre los redjanges, por ejemplo, la proporción es de 150 á 80. Unicamente los grandes caudillos están por encima de sus mujeres. De todo esto resulta que la compra de la novia no es una mera fórmula sino que deriva de la necesidad que tiene el malayo de aplicar algo de importancia á la adquisición de una compañera.

La situación y el derecho de la mujer dependen de la clase de matrimonio que contrae; si éste consiste en una verdadera compra, ella y sus hijos son propiedad del marido á cuya muerte pasan á ser de los herederos del mismo, pero los suegros pierden todo derecho sobre la hija salvo el de querrela contra el esposo de ésta cuando la maltrata. La condición social de la mujer es más elevada cuando son los dos novios los que por igual costean los gastos de la boda y llega al colmo de la superioridad cuando el matrimonio se ha celebrado por medio del *Ambil Anak*; en este caso el hombre nada paga por la mujer y entra en la familia de ésta con carácter de inferioridad, siendo completamente dependiente de ella, estando obligado á prestarle sus servicios y careciendo de todo derecho sobre los hijos: esta clase de matrimonio sólo se celebra cuando una familia no tiene más que una hija con cuyo casamiento ha de perpetuarse. Fácil es comprender que esta forma de matrimonio dió lugar á muchos litigios, razón por la cual hubo de ser prohibida muchas veces por los redjanges, por ejemplo. A las alternativas que la compra de la novia y la condición social de la mujer sufren se debe indudablemente el hecho de que la mujer ocupe entre los maanjanos de Borneo una

posición más elevada que en todas las demás tribus borneanas. Estas últimas no celebran esponsales ni matrimonio alguno sin el previo consentimiento de los dos novios, pero en cambio el novio no paga dote de ninguna clase reduciéndose todos sus presentes de boda á unos cuantos florines que tiene que pagar á los testigos, bien que contribuyendo por mitad á ello la novia.

De estos indicios de la superior condición de la mujer pueden deducirse los duros castigos que se aplicaban al adulterio antes de que se dejaran sentir en estos pueblos las deleznable influencias de los mahometanos y de los europeos, pudiendo hacerse con doble motivo esta deducción respecto de aquellos territorios en los cuales los actores principales de estos castigos eran los parientes de la esposa. Entre los atschinos que castigan al adúltero casi con el mismo rigor que los battas, el culpable es entregado á los parientes de la mujer, los cuales forman un círculo á su alrededor poniendo en la mano del adúltero un arma, un *gadubang*, con la que ha de abrirse paso si puede. Si consigue romper la muralla humana que le rodea, queda libre de toda ulterior persecución, pero lo más común es que sea despedido en el acto y enterrado sin ninguna ceremonia. Con análoga severidad es castigado ese delito entre otros sumatranos. En virtud de las leyes redjanges se impone una fuerte multa al concubinato, al nacimiento de hijos fuera del matrimonio y aun á los que nacen dentro de éste pero antes del tiempo natural. Parecidas disposiciones rigen también en las Celebes. Los pueblos que, como los tagalos de Luzón, miran con cierta indiferencia el adulterio han sido indudablemente desmoralizados por extranjeras influencias. Los igorotes antes de contaminarse eran severos, castigaban las faltas de las muchachas y decapitaban á las adúlteras, pero según la reciente descripción de Hans Meyer rinden actualmente tributo á ideas más benignas. En las Sulus vieron los españoles algunas adúlteras condenadas á cadena perpetua. Entre los tinguianos, por el contrario, los matrimonios se contraen y se disuelven con tanta facilidad que los ricos los menudeaban con inusitada frecuencia. A menudo se concede á las viudas el derecho de disponer libremente de sí mismas para contraer nuevas nupcias: la muerte del marido no sólo deja á la mujer en completa libertad sino que en algunos pueblos, como en Sahú, le permite abandonar á los hijos al cuidado del hermano de su esposo y volver al seno de su familia. Entre los igorotes las viudas no pueden casarse hasta siete años después de haber muerto su marido. No hemos de llamar en este punto especialmente la atención sobre el hecho de que en algunos pueblos, entre los *dajakes* por ejemplo, existan soberanas, pues esto no deja de ser un fenómeno aislado, ni tampoco sobre la presencia de mujeres en las leyendas populares malayas como fundadoras de dinastías, porque ello se debe indudablemente á la idea cosmogónica que hace de la tierra la madre originaria: estas mujeres de elevado rango nacen á menudo de tallos de roten, dan á luz hijos que se convierten en piedras, etc. Y por lo que hace á las sacerdotisas son con frecuencia al propio tiempo sostenedoras de las más inmorales costumbres, razón por la cual no hay que considerar su situación como expresión de una gran dignidad del sexo femenino.

La división del trabajo entre los dos sexos es de tal naturaleza que la mujer ayuda al hombre en las faenas agrícolas; en cambio los quehaceres domésticos, especialmente la preparación de los manjares, le corresponden exclusivamente á ella y por esto el *batta* califica á su mujer de «sacadora de agua.» En las labores agrícolas el hombre se encarga de las más pesadas como por ejemplo la de arar, mientras que



la recolección es más de incumbencia de la mujer. Cuanto más laborioso es un pueblo tanto más equitativamente repartido está el trabajo entre los individuos de la familia; en cambio, allí donde la agricultura aparece menos desarrollada, la principal carga pesa sobre la mujer que, en las tribus más atrasadas, tiene que atender á todos los trabajos agrícolas, á la mayor parte de los industriales y á todo lo que es comercio.

El nacimiento de un hijo en la familia malaya va acompañado de una porción de ceremonias: la mujer embarazada, antes de salir de su cuidado, tiene que someterse á una porción de prácticas supersticiosas, la mayor parte de las cuales pertenecen á la clase de averiguación de presagios, elección de día, etc., y consisten en evitar la futura madre y en parte también el padre una porción de cosas y de actos que podrían atraer desdichas sobre el futuro ciudadano. Así por ejemplo no se miran en un espejo ni contemplan una caña de bambú porque de lo contrario el niño miraría bizco; tampoco desmenuzan tabaco ni sirih en el saco del betel sino que antes los sacan de éste. Los hombres no pueden construir chozas, ni cubrirlas, ni clavar clavos, ni ponerse en una puerta ó en una escalera pues, de hacer algo de esto, el niño no nacería. «A pesar de esto — dice un misionero de Nias — un niaso despreocupado trabajó en la construcción de mi choza, pero viendo que su mujer no paría se me presentó pidiéndome permiso para arrancar un clavo á lo cual accedí no sin antes haberle hecho algunas reflexiones que me parecieron oportunas. Obedeciendo á sus creencias, arrancó el clavo y á poco tuvo la alegría de ser padre.»

Entre los dajakes, el hombre tiene que salir, durante esos críticos instantes, en busca de cabezas que deposita á los pies de su mujer la cual, mientras aquél está ausente, debe permanecer desnuda de medio cuerpo para arriba y no puede vestirse hasta su regreso. Algunas viejas asisten á la parturiente en el acto del alumbramiento, procediéndose inmediatamente á lavar á la criatura con agua después de lo cual empiezan los preparativos para la imposición de nombre. Los dajakes celebran los nacimientos con cantos y danzas y si son cazadores de cabezas no dan nombre al niño hasta que han conseguido cortar una de éstas. Entre los ilongotes la imposición de nombre no se efectúa hasta el quinto día y en Saku el niño no recibe nombre hasta que tiene nueve años. Los tinguianos dan á sus hijos nombres de animales. La imposición de nombre la hacen las viejas que han asistido á la madre en el acto del parto, ó el pariente que trae el primer regalo, ó el padre; este último especialmente en aquellos territorios en los cuales se cree que el niño es el alma de un antepasado, creencia que es causa de que al niño se le dé el nombre de algún ascendiente difunto. El padre adopta también el nombre del hijo, así es que si él se llama Sapalieh y su hijo Teleamie, en lo sucesivo el padre llevará el nombre de Sapalieh-Teleamie, haciendo lo propio á cada nuevo hijo que nace de modo que cuantos más hijos tantos más nombres. El infanticidio está muy generalizado siendo especialmente víctima de él, en caso de un doble parto, el mellizo que sale último.

En Ceram el ingreso en la pubertad trae consigo la imposición del cinturón de corteza denominado *tjidaco*, después de la cual el joven tiene un puesto en el dormitorio común de los solteros y viene obligado á conquistar una cabeza lo más pronto posible. Los italcones y otras tribus de Luzón poseen casas dormitorios especiales para jóvenes y para muchachas. El tatuaje, allí en donde los hombres lo practican, y la limadura de los dientes son también signos exteriores del ingreso en la pubertad. Los niños se ejercitan,

en cuanto pueden, en el manejo del arco y de la flecha y se adiestran para las cacerías de cabezas decapitando á hombres de paja. Entre las tribus salvajes de los malayos sólo se inculca á los niños la excelencia de la guerra. Las muchachas durante su primera menstruación y las mujeres embarazadas durante los últimos días del embarazo permanecen en cabañas especiales que á menudo, en Ceram por ejemplo, semejan verdaderas jaulas; cada familia construye una de estas chozas en el bosque. Las primeras, después de esta permanencia, son lavadas y adornadas y sometidas á una porción de ceremonias en conmemoración de su ingreso en la edad núbil: estas ceremonias consisten, entre los alfores de Ceram, en untarse con aceite de palmera, mascar un bocado de plátano y pescado, que pueden sin embargo escupir, etc. etc. A esta edad suelen ser sometidas las muchachas al tatuaje y á la limadura de los dientes, cosas que de no practicarse entonces han de hacerse durante el primer embarazo. Las doncellas y los jóvenes — que se diferencian de los casados por algunas particularidades en el traje, como por ejemplo entre los alfores una cinta con conchas blancas atada al antebrazo — llevan generalmente una vida más austera entre los malayos occidentales que entre los orientales: entre los primeros suelen ir acompañados de mujeres encargadas de vigilarlos, al paso que entre los segundos acostumbran á andar libres de toda inspección juntándose especialmente en aquellas fiestas en que los jóvenes de ambos sexos unidos ejecutan ciertas danzas. Entre los alfores de Halmahera casi todas las bodas se conciertan, por esta razón, durante las largas danzas que se bailan con ocasión de los funerales. La costumbre hace que la conducta de las muchachas con respecto de los extranjeros sea distinta en cada una de las tribus, así es que una joven batta se muestra tranquila y despreocupada y no se avergüenza de bañarse delante de los hombres, cosa que una verdadera malaya considera como la mayor de las deshonras.

Los fundamentos que sirven de base al Estado malayo son evidentemente los lazos de familia. Las instituciones que de él arrancan demuestran el carácter inorgánico del mismo con indicios de origen extranjero ó con la tendencia en ellas innata á volver siempre á los antiguos elementos patriarcales, siendo aquí de notar como fenómeno negativo sorprendente la falta de una división de castas perfectamente marcada que en ese pueblo encontramos á pesar del gran influjo indio á que ha estado sometido.

Si estudiamos un antiguo territorio, como el de los malayos de Sumatra, en donde las sociedades y los Estados han podido desenvolverse relativamente con pocos obstáculos, veremos que las individualidades políticas sobre las cuales se asienta el antiguo Estado malayo son los *sukus*, familias y grupos, que unidos forman una tribu y cuyos jefes ó *pangulus* (también *pangeranes*) constituyen el gobierno propiamente dicho del país. Cuantos más *sukus* tiene una aldea (*kota*) tanto mayor es el número de *pangulus* que la gobiernan: los territorios que abarcan muchas aldeas son regidos por los *pangulus* de éstas reunidos en asamblea. Los *pangulus* son elegidos de una línea determinada de los *sukus* recayendo generalmente tal dignidad en el hermano nacido de la misma madre ó en el hijo de la hermana; ellos son los patronos obligados de sus respectivos *sukus*, los patriarcas por decirlo así, y sus principales funciones son las judiciales. Además de los testimonios de respeto y de la obediencia que les son debidos, reciben un tributo en arroz y regalos en las grandes festividades, debiendo correr á cargo de sus súbditos los gastos de su boda y de sus funerales; sólo pueden ser destituidos cuando cometen vio-

laciones de leyes y costumbres. El origen del *suku* — cuya traducción literal «un barrio» mal se viene con el número de individuos que actualmente comprenden los *sukus* entre los malayos de Menangkabau — es bastante oscuro; sin embargo refiere la leyenda que el pueblo de Tanah-Datar, de Priangan y de Padang pandjang constaba en otro tiempo de dos tribus que se dividieron en las cuatro ramas ó *sukus* de Kota y Pilian para la primera, Budi y Tjeniago para la segunda. Kota y Pilian se quedaron en Tanah-Datar mientras la otra tribu con sus dos ramas se dirigió á Agam. A consecuencia de una mezcla posterior nacieron dos *laras* llamadas Kota-pilian y Budi-Tjeniago. Y habiendo aumentado considerablemente el pueblo se establecieron muchos *sukus* con distintos nombres, existiendo hoy en día 4 ó 6 de ellos en cada aldea.

Y aquí hemos de añadir que en la actualidad por encima de los *sukus*, en concepto de agrupaciones mayores, están los *laras* cuya relación con aquéllos no explican, sin embargo, suficientemente los datos que arroja esa leyenda seguramente histórica, atribuyéndola algunos con más probable certeza al matrimonio recíproco y exogámico entre cada dos *sukus* ó tribus. En corroboración de esta creencia encontramos á menudo también en otros territorios malayos organización por parejas; entre los *battas*, por ejemplo, entre los cuales las tribus separadas por nombres propios llevan el nombre de *margas*, la unidad territorial correspondiente á la tribu (*kuria*) estaba antiguamente habitada por una sola *marga* al paso que en la actualidad esta unidad está reemplazada por el dualismo de las *margas* marcadamente distintas de *Namora-mora* y *Bajo bajo* de las cuales la primera, como su nombre lo indica, es la primitiva y la segunda la extranjera, el huésped. Entre una y otra existe la relación del matrimonio recíproco, sistema que en su ulterior desenvolvimiento ha dado lugar á que una aldea sea *namora-mora* en un distrito y en otro, enfrente de un tercero, aparezca como *bajo-bajo*.

Análogas instituciones, bien que un tanto modificadas, sirven de base á la constitución social y política de los lamponges, entre los cuales aparecen más refinadamente desarrollados el Estado-tribu y el Estado aldea. Cada distrito, que lleva aquí el nombre de *marga*, se compone de varias aldeas — aunque raras veces de más de diez — está gobernada por un jefe independiente y toma el nombre de la tribu á que su población pertenece; cada aldea se divide, á su vez, en varios barrios al frente de los cuales hay inspectores ó alcaldes de barrio, apareciendo también en esta división el carácter patriarcal, puesto que todos los alcaldes están sometidos al del barrio más antiguo y que la creación de un barrio nuevo depende del consentimiento de todos los caudillos y mientras éste no se obtiene las alquerías recientemente fundadas sólo dependen de sus fundadores. De suerte que en esto como en el gobierno de los *sukus* se sigue el principio patriarcal según el cual las relaciones de dependencia están reguladas por el orden genealógico de modo que el soberano no puede tratar á sus súbditos y el jefe de familia á sus descendientes más que como «compañeros de tribu» y como «hijos y primos» respectivamente. Esta coincidencia de la tribu con el territorio habitado la encontramos asimismo en otras partes, por ejemplo en Nias en donde, según Schreiber, «la isla está dividida en 15 á 25 distritos y el pueblo en otras tantas tribus», siendo iguales los nombres de éstas y los de aquéllos que casi siempre empiezan por *Ono* (Ono Laso, Ono-Limbu), palabra que significa hijos de modo que aquéllos vienen á significar algo como «los hijos de Israel.» Lo propio vemos en el Este del archipiélago indio: en Buru y en Ceram *fenna* y *hena*

significan respectivamente distrito porque cada distrito está habitado por una tribu de nombre especial. No cabe afirmar rotundamente si la división que describe el capitán Schulz hablando de los alfores de Ceram en *pattah-limas* (que cuentan por cinco) y *pattah-siwahs* (que cuentan por nueve) tiene alguna relación con lo que venimos diciendo; lo único que positivamente se sabe es que estas tribus son recíprocamente enemigas.

La población de los alfores de Halmahera, Ternate y otros territorios se divide en *tofas*, que indudablemente corresponden á los *sukus* de los malayos occidentales y dentro de las cuales está prohibido el matrimonio hasta la cuarta generación. Es natural que de la reunión de los caudillos de los *sukus* que de tantos privilegios disfrutaban pudo surgir una plutocracia como la que Hans Meyer describe



Telar malayo (de una fotografía) Véase pág. 613

hablando de los igorotes. En Filipinas y en Formosa, en donde parece haber desaparecido el sistema de *sukus*, raras veces vemos á los plebeyos (*abiteges* en la provincia de Benget, *kailiakes* en la de Lepanto, Luzón) dependientes de los plutócratas (*baknanges* en Benget y *kadangianes* en Lepanto) en el sentido en que Hans Meyer describe esta dependencia.

En los territorios malayos sobre cuyas relaciones políticas originarias poseemos noticias detalladas, encontramos por regla general Estados-aldeas más bien que grandes Estados; así por ejemplo en las comarcas independientes de Formosa las tribus viven unas al lado de otras aunque cada una en su aldea, con su nombre propio y — según afirma Joest — con distinto dialecto. La isla de Goram que sólo tiene dos millas alemanas de longitud aparece dividida en 12 soberanías; Luzón y las Visayas nos ofrecían el mismo espectáculo de «tantos Estados como aldeas» con una sola excepción de la que más adelante nos ocuparemos. En efecto, cuando los españoles mandados por D. Miguel López de Legazpi se presentaron en 1565 en las aguas de Filipinas para poner á este grupo de islas bajo el cetro de Felipe II no encontraron ningún Estado poderoso, pues el archipiélago estaba fraccionado en infinitos Estados pequeños, los más de los cuales no eran otra cosa que una colonia ó una aldea, siendo muchos los que no contaban con más de 100 habitantes. Lo propio acontece ahora con aquellos igorotes que han logrado sustraerse á la organización municipal española. Cada uno de aquellos *barangays*